

nían las armas, no quiso admitir explosivos, y éstos se cargaron en un pailebot.

Sin tardanza emprendió el activo Comandante la marcha, á cortas jornadas, por caminos penosísimos, bajo la inclemencia del clima tropical en plena primavera y sosteniendo continuos tiroteos con el enemigo, que venía muy cerca; todo esto sin contar con la herida en curación.

No por haber llegado á Tehuantepec quedó en seguridad el convoy, pues Cobos, que se había adueñado nuevamente de Oaxaca después de haber derrotado completa y lastimosamente á Don Ignacio Mejía en Teotitlán, envió contra Díaz, quien dos veces le había vencido, una fuerte columna á las órdenes del Gral. Alarcón, al que se unieron en el camino numerosas gavillas reaccionarias.

A diez leguas de Tehuantepec acampaban ya Alarcón y sus tropas, cuando Porfirio, que se había fortificado provisionalmente en el barrio de San Blas, en espera de refuerzos é imposibilitado para moverse á causa del armamento, consiguió cerca de 200 carretas, en las que pudo conducir sin contratiempo el convoy hasta Juchitán, primero, y á la Ventosa después. Para despistar al enemigo no quiso seguir el ordinario camino, sino que abrió otro á través de lo más agreste del monte, y por allí cruzó, cuidando de cerrar el paso tras de sí con los mismos árboles talados, para imposibilitar toda persecución.

En la Ventosa recibió el convoy Don José Romero, hermano de Don Matías, trasladándolo por mar á manos del Gral. Don Juan Alvarez, que lo esperaba en Zihuatanejo.

Ninguna recompensa especial mereció esta heroica hazaña, en que Porfirio corrió uno de los riesgos mayores entre los incontables en que le han puesto su amor á la patria y su abnegación sin límites.

VII

PERSEVERANCIA

«NO DEBEMOS HACER SIEMPRE LO MISMO, SINO DIRIGIRNOS
SIEMPRE AL MISMO OBJETO.»

Al pie de las tristemente célebres cumbres de Acultzingo, donde el Ejército Republicano combatió por primera vez con el de Napoleón III, con tanto valor como mala fortuna; en un paraje que se llama el Puente Colorado, allí encontraron los invasores extranjeros cerrándoles el paso, también por vez primera, á Porfirio Díaz, que había ganado ya la banda de General de Brigada derrotando y poniendo en fuga al asesino Márquez en Jalatlaco.

Fué esta victoria una hazaña admirable de audacia, de valor y de genio militar; en los primeros momentos nadie quería darle crédito, y aun se dijo que Porfirio, como el ilustre Degollado y como Valle, había sido vencido y fusilado por Márquez, quien por aquellos días se jactaba de que acabaría con todos los «liberales jóvenes de talento y de valor»; y desgraciadamente parecía en camino de cumplir su siniestra promesa. Mas hubo al fin quien le cortara las alas para siempre.

Envalentonado el asesino de Ocampo con la fácil derrota de aquellos dos valientes liberales á quienes había perdido su arrojo, se atrevió á llegar en son de amenaza hasta las goteras de la capital, donde produjo gran alarma; mas no pasó de la Ribera de San Cosme detenido y ahuyentado, tras breve escaramuza, por la Brigada de Oaxaca que se hallaba acuartelada en San Fernando. El Coronel Porfirio Díaz, que en esos momentos estaba en la Cámara de Diputados, pidió permiso para acudir inmediatamente en defensa de la ciudad; pero cuando llegó al sitio del combate, Márquez iba ya en retirada.

El mismo día de la frustrada intentona, 25 de Mayo de 61, re-

cibió Porfirio orden del Ministerio de la Guerra, para tomar el mando de la Brigada de Oaxaca, por violenta enfermedad del Gral. Mejía que la mandaba, y de ponerse á las órdenes del Gral. González Ortega, quien con su división salía á fin de perseguir á Márquez por la región Sur del territorio. Estando en Toluca se supo que la columna reaccionaria pasaba por Santiago Tianguistengo en dirección á la montaña. González Ortega dispuso que Porfirio Díaz se incorporara con su fuerza, que era de 242 hombres, por todos, á la caballería del Gral. Antonio Carbajal, á cuyas órdenes debería ponerse, para estorbar la marcha del reaccionario Márquez mientras podía darle alcance á éste la división.

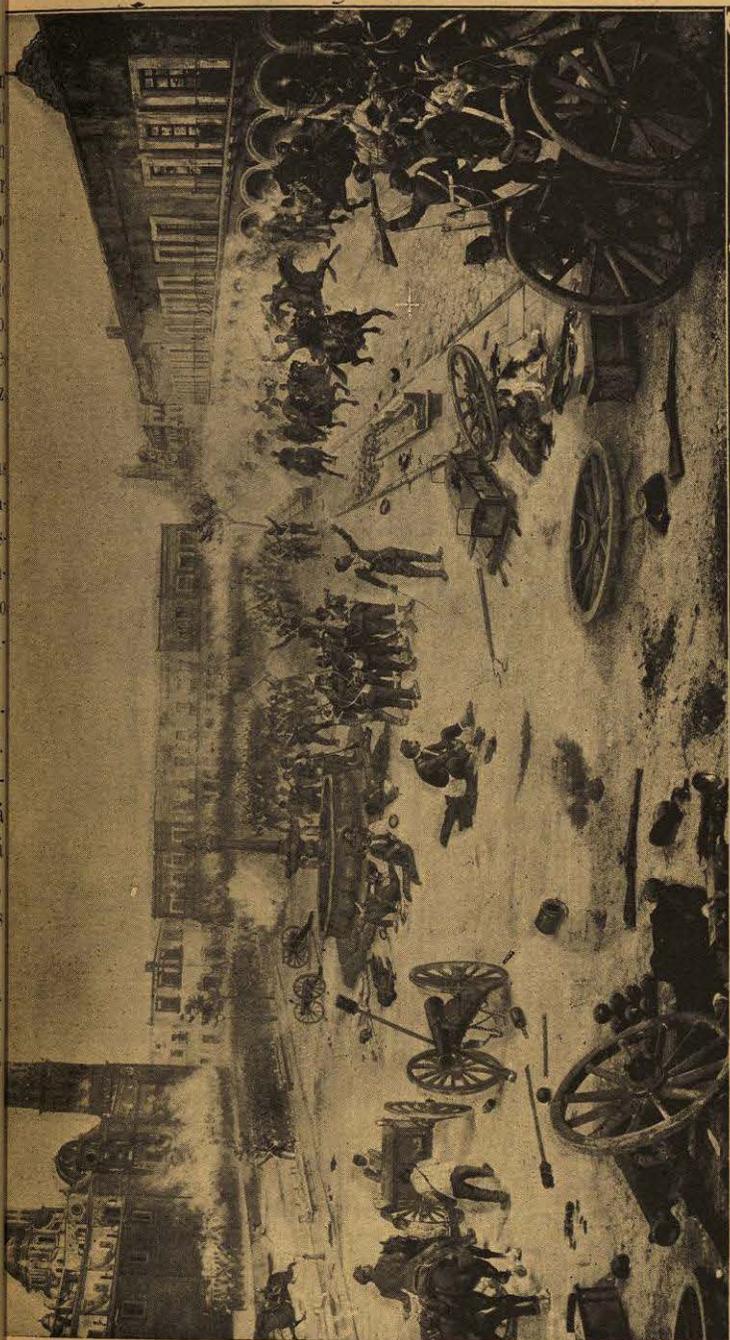
Salieron de Toluca las fuerzas unidas de Carbajal y Díaz, á las tres de la tarde del doce de Agosto, y al obscurecer llegaron á la hacienda de Atenco, donde batieron la retaguardia enemiga, compuesta de 200 dragones, que se retiraron sin gran resistencia. En Tianguistengo se supo que Márquez pernoctaba en Jalatlaco, dejando tras de sí en observación una fuerza de caballería de más de quinientos hombres.

El Gral. Carbajal, muy conocedor del terreno, ordenó que siguieran una vereda que les permitiría llegar por sorpresa á Jalatlaco.

Como el Coronel Díaz no conocía el camino, marchó á la retaguardia hasta la proximidad del punto de ataque; pero al llegar á tiro de fusil de la plaza, el Gral. Carbajal tendió su caballería á lo largo de la vereda, y mostrándole á Porfirio desde una eminencia, las fogatas del enemigo, dispuso que bajara á tirotearlo mientras llegaba la división.

Cuando comenzó el ataque, la infantería de Márquez se hallaba acampada al calor del fuego en el templo y en el atrio; la caballería estaba acuartelada en torno del pueblo, circunstancia que hizo extraordinariamente difícil y riesgoso el ataque, porque para asaltar el templo, tuvo Porfirio que colocarse entre dos fuerzas enemigas y combatir entre dos fuegos. Tan ruda fué la pelea, que el Gral. Carbajal consideró perdido al temerario asaltante que con doscientos cuarenta y dos hombres se atrevió á medirse con un ejército muy superior, con once generales y muchos y temibles jefes de la flor y nata de la reacción, entre ellos José María Cobos, Negrete, Márquez, etc.

Era, pues, verisímil la noticia de la derrota de Porfirio, y en vista de ello determinó el Gral. González Ortega hacer alto cerca



Entrada triunfal del General Díaz á la plaza de Puebla, en la gloriosa alborada del 2 de Abril de 1867. A la derecha, en segundo término y marcada con una cruz blanca, se destaca la figura del General Díaz, montado en brioso caballo, á la cabeza de su Estado Mayor, contestando las aclamaciones del pueblo. (Copia del cuadro del pintor mexicano F. Mendoza, que existe en la antecámara del Salón del Consejo de Ministros, en el Castillo de Chapultepec.)

del pueblo, desde donde en espera de que amaneciese, abrió sobre la plaza los fuegos de una batería.

Como la victoria estaba ya casi consumada en esos momentos, el Coronel Díaz tuvo que enviar violentamente á un ordenanza para suplicarle al General en Jefe que suspendiera sus fuegos, porque estaban haciendo más daño á los asáltantes que al enemigo; al mismo tiempo le pedía municiones para reponer su dotación, que casi se había agotado.

Antes de recibir el repuesto, sorprendió Porfirio á un grupo de oficiales que huía, y por ellos supo que Márquez se escapaba en esos momentos con gran parte de su columna, rumbo á la montaña. Sin perder un instante y á pesar de la escasez de parque, cerró sobre los fugitivos, logrando cortar la columna y rechazar hacia el atrio á más de setecientos infantes, con toda la artillería y los bagajes.

Este movimiento decidió la jornada y la convirtió en espléndida victoria.

El Coronel Díaz fue en seguida á dar parte al General en Jefe, que se hallaba acampado con sus tropas en las goteras del pueblo. González Ortega no quería creer que todo hubiese terminado; pero al convencerse de que el heroico jefe oaxaqueño había tomado la plaza y se había adueñado con tan poca fuerza, de diez cañones y de todo el bagaje, que había puesto en fuga al ejército de Márquez y que le había hecho más de setecientos prisioneros, entre ellos; dieciocho jefes y oficiales, González Ortega pidió al Gobierno el ascenso de General de Brigada para el vencedor; y en carta que escribió al Presidente Juárez, le declaró que se avergonzaría de portar la «banda verde,» si no se le concedía al Coronel Díaz en recompensa del triunfo obtenido en la memorable acción de Jalatlaco. Después, cuando se le confirió el grado á Porfirio, González Ortega le felicitó solemnemente ante su tropa, por el bien ganado ascenso.

Después de las derrotas de Márquez en Jalatlaco, en Pachuca y en Real del Monte, que pueden considerarse como los últimos combates notables del período civil ó intestino de las guerras de Reforma, se le había dado orden al General Díaz para que persiguiese al sanguinario cabecilla que, en su fuga, cometía depredaciones por Matamoros Izúcar. La ruptura de los tratados de la Soledad y la felonía de los franceses que invadían el país aprovechándose y abusando de nuestra generosidad y buena fe, motivaron que se diera contraorden y que se mandara al flamante General á incorporarse

á los defensores del desfiladero de Acultzingo. Tan apremiante era la defensa de ese punto, que el General Díaz no tuvo tiempo de llegar á las cumbres ni de tomar parte en el desigual combate; pero sí pudo hacerse fuerte en el Puente Colorado; y allí, ora contrarrestando el empuje de la vanguardia de los invasores, ora deteniendo y reorganizando á los vencidos é impidiendo que el desorden de la retirada se convirtiese en fuga y en pánico, es fama que así logró no sólo retardar la marcha de la invasión, sino que gracias á ese punto de respiro se rehizo la moral de nuestras tropas y se pudo preparar la desesperada resistencia que había de convertirse en la gloriosa victoria del 5 de Mayo.

La defensa del Puente Colorado fue, pues, la primera proeza del General Díaz en la epopeya de la Intervención, y tuvo poderosa influencia sobre los acontecimientos posteriores, que modificó favorablemente á la causa de la patria.

* **

Es ley histórica que los grandes acontecimientos sirvan para que se revelen y cumplan su alta misión los grandes caracteres. Así, cuando la patria ultrajada llamó en defensa de su honor y de su independencia á sus hijos, el carácter de Porfirio Díaz, hasta entonces casi en estado latente, se manifestó en toda su inmensa fuerza, y florecieron en grado heroico sus altas cualidades. Por esto preferimos esta época de su vida para presentar como ejemplo aquellas de sus virtudes que en tan solemne ocasión de nuestra historia tuvieron más amplio campo para ejercitarse y fueron más noble y más meritoriamente empleadas; la preferimos también porque en las acciones del General Díaz durante esa larga y durísima campaña, ni el espíritu más suspicaz y escéptico puede poner una sombra de ambición ó de interés.

La perseverancia fue una de las virtudes de que el General Díaz dió ejemplo sobrehumano en la guerra de Intervención; pero en la perseverancia de este grande hombre no se sabe qué admirar más, si la incansable constancia en la defensa de la nacionalidad amenazada, ó la sabia y prudentísima flexibilidad con que sin cambiar ni por un instante de ideal ni de propósitos y sin que su fe vacilara ni en los trances más duros y desconsoladores, variaba sin cesar de medios, buscando los más adecuados y eficaces conforme á las circunstancias. Importa mucho mostrar cuán heroicos esfuerzos de

perseverancia le costó dar con esos medios, gracias á los cuales consiguió conducir de victoria en victoria al tercer Ejército de Oriente, su creación, desde las montañas surianas, al través de Miahuatlán, Oaxaca, la Carbonera, Puebla y San Lorenzo, hasta entregar el sagrado pabellón de la República, radiante de gloria y limpio de toda mancha, en manos del Presidente Juárez, para que lo plantase de nuevo en el Palacio Nacional de México.

* **

La esplendorosa gloria militar y la considerable trascendencia política de la victoria del 5 de Mayo, pudieron deslumbrar y alucinar á los que no conocían á fondo la profunda desorganización del Ejército en aquella época, y la carencia casi absoluta de recursos para la defensa nacional. Mas los jefes republicanos sí sabían á qué atenerse; y este conocimiento de la debilidad de la patria para rechazar la invasión, á la vez que explica las traiciones de tantos mexicanos, enaltece hasta el heroismo la constancia de los que permanecieron fieles á su deber; y enaltece particularmente la perseverancia del General Díaz, quien debiera haber tenido menos confianza en el porvenir y menos fe en su causa que ningún otro, porque su reconocida perspicacia, su hábito de vivir en íntimo contacto con el soldado y, sobre todas estas cosas, su genio militar y su profundísimo sentido práctico, le permitían percibir y apreciar claramente las faltas y las sobras, las debilidades y los errores de aquel gobierno y de aquel ejército á quienes se había confiado la reivindicación de nuestros derechos.

Veamos cómo pensaba el infortunado General Zaragoza, en vísperas del 5 de Mayo, al dirigirse á los generales que fueron á darle el parte diario el 3 del mismo mes por la noche, en que se decidió presentar la batalla, hoy de inmortal renombre:

«..... Manifestó [Zaragoza] que la resistencia presentada hasta entonces, debía reputarse insignificante, por más que el Gobierno había hecho esfuerzos por acopiar elementos en sus difíciles circunstancias, cuando el país estaba herido y desangrado por la guerra intestina;..... que de todos modos, era vergonzoso que un pequeñísimo cuerpo de tropas extranjeras, que para la nación podría tener la importancia de una patrulla, llegara á la capital de la República sin encontrar la resistencia que correspondía á un pueblo que pasaba de ocho millones de pobladores; que en consecuen-

cia, excitaba á los presentes para que se comprometiesen á combatir hasta el sacrificio, á fin de que si no llegaban á obtener una victoria, cosa muy difícil, aspiración poco lógica, supuesta nuestra desventaja en armamento y casi en todo género de condiciones militares, salvados en valor y arrojo, á lo menos perdiéramos dignamente, después de luchar con todo nuestro esfuerzo, dando así tiempo para preparar la defensa del país.....»

Libróse la tremenda batalla; y á pesar de ser «cosa muy difícil y «poco lógica», se alcanzó la victoria.

Por este triunfo, entre otras consecuencias inevitables, tuvo de enardecer al invasor y atraer con fuerza irresistible sobre los vencedores, el empuje de todo el ejército expedicionario.

Si como lo pensaban todos, se hubiese aprovechado este momento oportuno para organizar la defensa del país, quizás se habría detenido la marcha de la invasión; mas la muerte extemporánea del General Zaragoza, nos privó de uno de los pocos mexicanos capaces de realizar la hazaña sobrehumana de sacar de la nada un ejército disciplinado y fuerte en lo posible; y al que más tarde habido cesos superiores. ¿No le habrían comprendido todavía? ¿Sentirían celos prematuros, presintiendo el gran valer del vencedor de Márquez? Lo cierto es que el General Díaz tropezó con el desdén y ha sido con la amenaza en sus primeros pasos de estratégico y de caudillo.

Cuando resuelto á morir ó salir con honor de la batalla, y obligado por el buen orden de la retirada de la columna francesa que combatió el 5 de Mayo, tuvo que perseguirla hasta la hacienda de Rementería, so pena de que esa columna cayese de nuevo sobre nuestro ejército y frustrase quizás la victoria, fue amenazado que se le consignaría á un consejo de guerra si no suspendía la persecución. Alejado el peligro y explicada la aparente desobediencia el General Zaragoza aprobó lo hecho.

Más tarde, al estar estableciendo el cerco de Puebla el General Forey, hubo un momento en que por la disposición especial de las tropas francesas en torno de la ciudad, el genio estratégico del General Díaz concibió y propuso un plan de ataque audacísimo, cuya oportunidad sólo duró contadas horas y que, en opinión de peritos, habría dividido el ejército francés en columnas sueltas, desligadas de su base de operaciones, sin elementos de resistencia y cu-

derrota en detalle, habría sido por estas razones, relativamente fácil y segura.

El General Díaz con algunos jefes republicanos, entre otros Betanzos, Lamadrid, Llave, Antillón, etc., presenciaban desde el Cerro de Guadalupe, eminencia cercana á la ciudad de Puebla, las operaciones de circunvalación que ejecutaba el ejército invasor;

conociendo perfectamente el terreno y apreciando el efectivo del enemigo, que no podía pasar de treinta y cinco mil hombres, previó la posibilidad de batirlos en detalle, aprovechando el momento en que como consecuencia forzosa de los movimientos emprendidos para establecer el cerco, el cuerpo expedicionario estaba dividido en tres columnas aisladas entre sí y no mayores de doce mil hombres, á las cuales hubiera podido atacar una por una el ejército republicano, muy superior á ellas, sin que les hubiera sido posible auxiliarse por la distancia á que se encontraban; y es evidente que aun cuando no las hubiese derrotado, sí les habría causado tan fuertes quebrantos, que quizá habrían imposibilitado el sitio y modificado completamente la faz de la campaña. Pues fue desde llevar á cabo el prodigio, aun no le atendían sus inmediatos superiores. ¿No le habrían comprendido todavía? ¿Sentirían celos prematuros, presintiendo el gran valer del vencedor de Márquez? Lo cierto es que el General Díaz tropezó con el desdén y ha sido con la amenaza en sus primeros pasos de estratégico y de caudillo.

Desde entonces se previó el desenlace de éste, políticamente fue necesario para la causa, aunque haya sido y sea militarmente, uno de los sitios más notables de que habla la historia, más que el fatigoso de Zaragoza, que se creía sin par.

En otro capítulo referimos alguna de las proezas que llevó á cabo el Gral. Díaz, y por esto aquí solamente consignaremos que á pesar de no estar conforme con el desenlace sin precedente que le dió González Ortega, de destruir el armamento y disolver el ejército, rasgo que estuvo á punto de costar la vida á los jefes sin contados, el héroe de San Marcos, esclavo de la disciplina, reventó sus cuñones, mandó destrozar los fusiles y licenció, emplazándolos para más tarde, á sus adictos batallones oaxaqueños; y si desobedeció en un punto la orden y no quemó sino que enterró las banderas, fue porque estaba cierto de que tornaría vencedor á hacerlas resurgir gloriosas y sin mancha del sepulcro.

¿No eran estas contrariedades íntimas y estas decepciones amarillas, causas bastantes y más poderosas que la derrota, para inducir á la defección á cualquier alma, por bien templada que fuese?

Pues al General Díaz, cuando le ofrecieron la libertad á cambio del honor, es decir, con la condición de que no seguiría defendien-

do á la patria, contestó que no firmaba el documento que se le había remitido á los prisioneros del cuartel general francés, porque las leyes de su país le prohibían contraer compromiso alguno que menoscabara la dignidad y el honor militares, y porque se lo prohibían también sus convicciones.

Lo admirable de esta perseverancia es que no se limitó á frases arrogantes, sino que se manifestó en actos positivos y fecundos más aún, decisivos para la liberación de la patria y de acuerdo con el deber.

* * *

Encerrado con otros jefes como prisionero de guerra y con centinelas de vista, en una casa de la calle de la Victoria, en la ciudad recién tomada, al saber que se le iba á llevar al extranjero, con valor, resolución y serenidad sin imitadores entre los demás prisioneros, se quitó el uniforme, se cubrió con el sombrero y el sarape de un visitante, y salió de la casa sin apresurar siquiera el paso, saludando al capitán francés Galland que mandaba la guardia, le conocía y estaba de pie en la puerta. De este saludo dependía el éxito de la evasión, porque el centinela acostumbraba á dejar pasar á los que saludaban al capitán, cosa de que el observador prisionero se había dado oportuna cuenta.

Apenas había salido cuando el susodicho capitán reflexionó que la fisonomía del que le había saludado le era conocida; recapacitó, recordó á quién pertenecía, buscó entre los presos, y así supo algo tarde, que acababa de escapársele uno de los más peligrosos.

* * *

Sin perder momento se dirigió el General Díaz á México, á ponerse á las órdenes del Presidente Juárez, quien le propuso que se encargase del Ministerio de la Guerra ó del mando de algún cuerpo de ejército. El agraciado rehusó lo primero, y merece comentario aparte esta negativa, porque fue un rasgo notabilísimo de acentrado patriotismo, de sincera modestia y de rara abnegación. Terminantemente declaró que no se creía digno de ocupar ese elevado cargo, ni quería que se lastimase con su nombramiento á otros jefes más antiguos, que naturalmente, se creerían postergados; además, hizo notar que los jefes conservadores que acababan de ponerse al servicio de la República, podrían disgustarse y comprometer la situación. El hecho de haber aceptado un puesto secundario

atigoso y peligrosísimo, y de haber emprendido y logrado como simple jefe la reorganización, mejor dicho, la creación de un ejército, que era cabalmente la obra hercúlea que se esperaba realizara como ministro, demuestra su noble afán de defender sin descanso y efectivamente, con las armas en la mano, á la patria ultrajada, sin perjuicio de servirla también políticamente dotándola de lo que siempre le había faltado para poner fin á sus desdichas: un ejército leal, disciplinado y fuerte. De manera que cuando el Presidente Juárez le pedía solamente su inteligencia, el General Díaz dió además su sangre, y para ello eligió el sitio más peligroso en el campo de la lucha y rehusó el que se le ofrecía, brillante y exento de peligro.

Aquí comienza la epopeya militar del General Díaz, entregado ya á sí mismo y libre de trabas su genio. Sin embargo, todo induce á creer que hasta ese momento aun no se había perfeccionado su concepto de las causas reales de la tremenda crisis en que amenazaba hundirse nuestra nacionalidad, ni había concebido las ideas fundamentales del plan regenerador que más tarde debería comenzar á poner en ejecución y mediante el cual habría de lograr, por un esfuerzo de energía y de perseverancia de que no hay otro ejemplo en la historia, engrandecer y hacer feliz y respetada á la patria mexicana.

Mas para que su criterio se formara y la verdad apareciera evidente á su perspicacia genial, fue sin duda necesaria la cadena de engaños que sufrió, y fue indispensable que acopiara la suma de observaciones directas y de rudas experiencias que hizo desde que, á raíz de su fuga de Puebla, se encargó del mando de un cuerpo de ejército, todavía como subalterno del inepto General Garza, hasta que ascendido ya á divisionario, pero entristecido por la amargura de las causas que le obligaron á rendirse en Oaxaca, volvió á Puebla nuevamente prisionero.

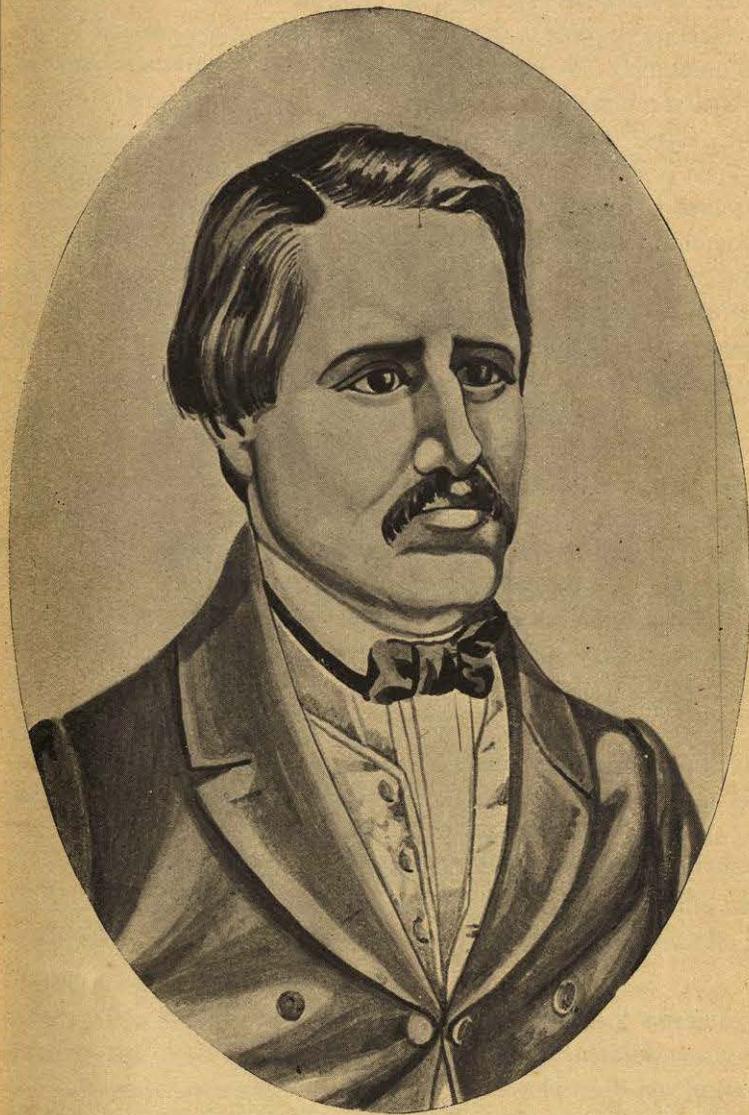
¿Qué voluntad habría perseverado en la empresa y cuál fe se habría conservado viva y ardiente después de aquella expedición, primero á las órdenes de Garza, luego como Jefe del Ejército del Centro, ejército poco menos que imaginario y en el que cada día, éste se desbanda, aquel deserta, el otro traiciona y el de más allá cae muerto de miseria? ¿Quién no habría cedido á proposiciones tentadoras como las que sin cesar recibía el General Díaz del invasor, por medio de Uruga, de Dublán y de otros muchos terceros,

cuando para desecharlas sólo tenía en compensación las chicanas federalistas de Esperón y de Cajiga, que no querían que Oaxaca consistiese á la invasión, y los manejos traidores de sus más queridos oficiales, que le redujeron á rendirse con honor, antes de ser entregado por algún judas? Y todo esto como fruto de una marcha hacia México, á través de las sierras de Michoacán y Guerrero, y como resultado de haber hecho prodigios de actividad y de industria para armar y equipar el segundo Ejército de Oriente que se fortificó en Oaxaca?

De tantas decepciones y de tamañas dificultades, el Gral. Díaz sacó lecciones preciosísimas y el propósito de recomenzar con más vigor, pero por otro camino. He aquí lo verdaderamente admirable y ejemplar de la perseverancia de este hombre: dirigirse siempre al mismo fin propuesto, sin vacilaciones ni desmayos, procurando los mejores medios y aprovechando las lecciones de la experiencia.

Así, cuando el General Díaz, sin enarbolar bandera de tregua sin pedir armisticio, sin garantía ni formalidad alguna, se dirigió bajo el fuego contrario, acompañado solamente de los Coronels Angulo y Echegaray, de su Estado Mayor, á rendirse al General Bazaine, que tenía su cuartel en la hacienda de Montoya, cerca de la plaza sitiada de Oaxaca; y cuando el jefe francés le dijo que celebraba que «volviera de su extravío» y que renunciase á «hacer armas contra su soberano», lo primero que hizo el rendido, con riesgo inminente de que le fusilaran allí mismo, pues no tenía que esperar consideración alguna, fue responder con su habitual valor civil, que «nunca había tenido ni tenía más soberano que el pueblo mexicano»; que «no se adhería al imperio, ni le reconocía; que él era tan hostil como lo había sido mientras estuvo al pie de los cañones; pero que la resistencia era imposible y el sacrificio estéril porque no tenía hombres ni armas.» Con su habitual prudencia, el General Díaz quiso ir acompañado, no por temor, sino para que hubiese testigos de su entrevista con Bazaine, y nadie pudiese sospechar siquiera de su lealtad.

Furioso Bazaine, más que por la firmeza de la respuesta, por el desaire que envolvía, le reprochó duramente que hubiese violado la promesa que supuso había hecho en Puebla, de no volver á tomar las armas; pero el General Díaz replicó que no había hecho tal promesa ni la haría jamás.



Gral. Jesús González Ortega. Mandaba en jefe al Cuerpo de Ejército de que formaba parte la brigada de Oaxaca, á cuya cabeza iba el Coronel Porfirio Díaz, en persecución del sanguinario ex-General Márquez. Cuando González Ortega supo en qué circunstancias había vencido Díaz en Jalatlaco, le escribió al Presidente Juárez:

“Me avergonzaría yo de seguir usando la banda verde, si no se le concediera al Coronel Porfirio Díaz, después de su brillante triunfo en Jalatlaco.”

En el acto le ordenó Bazaine á su secretario Napoleón Boyer, que buscase en el libro donde creía que estuviese asentada la protesta del General Díaz. Obedeció Boyer; pero al avanzar en la lectura, fue bajando la voz y acabó por leer para sí. Comprendió Bazaine lo que esto significaba, y al punto cambió de actitud, avergonzado por su violencia, y se mostró deferente y cortés con el prisionero. Tan poderosa es la influencia y tan grande el respeto que ejercen é inspiran los caracteres nobles, honrados y firmes.

Sin embargo, aun tuvo que sufrir vejaciones y pasar amargos trances el General Díaz, antes de verse de nuevo encerrado en las prisiones militares de Puebla: primero en Loreto, luego en Santa Catarina y, por último, en el Convento de la Compañía. Durísimo fue el trance de pasar vencido y desarmado, ante multitudes hostiles; más duro aún, volver prisionero al lugar mismo de donde se fugara lleno de esperanzas. Pero ¿acaso entibiaron su fe ó cansaron su constancia estos reveses? Al contrario, todo eso y los siete meses de prisión siguientes, sólo sirvieron para darle nuevas energías y lo que valió más, ideas nuevas que debería utilizar en la realización definitiva y completa de sus firmes propósitos, pues seguramente que las meditaciones profundas y serenas á que ese espíritu privilegiado debió entregarse durante su segundo cautiverio, fueron el origen de la serie de triunfos y aciertos posteriores, de que hoy cosechamos los ópimos frutos.

Mas á fin de cerrar dignamente este capítulo, debemos dejarle al héroe la palabra para que narre un hecho admirable en que la perseverancia, el valor, la audacia, la serenidad, la prudencia y hasta la hidalguía, se pusieron en juego: su segunda y última evasión del cautiverio. Unicamente el que llevó á cabo esta hazaña romancesca, que se ha creído fabulosa por lo osada, tiene derecho á referirla y puede hacerlo como debe.

«En Puebla fuimos entregados á fuerzas austriacas y nos encerraron en tres prisiones distintas, poniendo á los generales, coroneles y tenientes coroneles en la fortaleza de Loreto. Allí nos juntamos con otros prisioneros liberales..... Estando en dicho fuerte de Loreto, nos volvieron á amonestar, como había sucedido cuando la rendición de Puebla, para que protestáramos no volver á tomar las armas contra la intervención y el Imperio, y protestaron todos, menos el General Santiago Tapia, el Coronel Castellanos Sánchez, el Capitán de artillería Ramón Reguera y yo..... Para conseguir las

protestas, llegó á amagarse á alguno ó á algunos, entre ellos al valiente Coronel oaxaqueño Don José G. Carbó, con fusilarlos á media noche..... Después nos pasaron al convento de Santa Catarina.

«Pusieron en mi celda á Benítez y á Ballesteros; pero un día fingí motivo de desagrado con ellos, y solicitaron del preboste que me diera otra habitación; se la concedieron, y entonces comencé á preparar mi evasión, para lo cual me dediqué á hacer una mina en el lugar que quedaba debajo de mi cama.

«Estaba situada mi celda en el piso alto del edificio, sobre una capilla que había habitado una monja que pasaba por milagrosa y en la cual capilla había un pozo cuya agua tenía, según la tradición, virtudes medicinales. Ese pozo me servía para depositar la tierra que sacaba de mi obra. Cuando la labor llegó abajo del miento macizo, seguí haciendo una galería horizontal hacia á la celda, que estaba pared de por medio.

«A los cinco meses de estar en Santa Catarina, nos trasladaron súbitamente al convento de la Compañía, por lo cual no pude continuar mi obra de evasión.»

¡Cómo contrasta la serena concisión de esta frase, con lo doloroso y desesperante del hecho que refiere! Cinco meses de afanoso trabajo de angustias y de penosísimo trabajo empleado en hacer la hondonada, todo perdido, aniquilado por una orden de cualquier tirano nuevo militar de la guarnición austriaca. ¿No era esto para desesperar, no era para abandonar la empresa y confesarse en altas lamentaciones, vencido por la suerte? El General Díaz ni aun se quejó; solamente los débiles se duelen y retroceden ante las adversidades, y dejan las cosas á medio hacer. Los fuertes, los sanos de alma y cuerpo, los buenos, como acabamos de verlo, se limitan á referir el mayor contratiempo como un incidente sin alcance, y continúan su obra porque jamás les faltan recursos para ello y hasta suelen sobrarles energía y serenidad para hacer gallardías, para desafiar al enemigo y para mostrarse caballerescos y superiores á todos los hombres y en todas las situaciones.

Habla el héroe:

«Había quedado en el mando de la plaza el Barón Juan Schizmandia: el jefe nato era el Conde de Thum, que había salido de campaña por la sierra de Puebla. El teniente Schizmandia me permitía ir al baño acompañado de un sargento austriaco, que me s

guía como sombra á todas partes, y molestándome esto, no volví á pedir permiso. Entonces me ofreció que me acompañaría él personalmente. Lo hizo así; pero usó de muchas precauciones, como ocupar un sofá frente al cuarto donde me bañaba, y prohibir que fueran ocupados los cuartos contiguos..... Exceptuando esta vigilancia, me trataba con mucha cortesía, y después del baño, una vez me llevó á almorzar á su casa, luego me invitó á ir á los toros y me condujo hasta en la tarde á mi prisión. No volví á aceptar invitaciones de esta especie, por no exponerme á que se creyera que estaba próximo á aceptar el Imperio. Después me dejó que anduviese en libertad por la ciudad, esperando de mi honorabilidad que no lo comprometiese con mi fuga.

«Estas consideraciones para conmigo costaron caro al teniente Schizmandia, pues cuando volvió de su expedición el Conde de Thum, le hizo fuerte extrañamiento y lo puso en arresto porque había relajado mi prisión.....»

«El Conde de Thum ordenó la clausura de las ventanas de nuestras celdas, no obstante que tenían fuertes rejas de hierro, clavándolas y reforzándolas por dentro con maderos, de modo que estábamos obligados á usar luz artificial aun en el día..... Aumentó también el servicio de centinelas de día y de noche, disponiendo que éstos entraran á toda hora en las celdas á hacer su vigilancia ó se estacionaran en ellas á su arbitrio. Sobre mí descargó especialmente el General Thum sus iras, y esto me hizo resolverme á abreviar la realización de una evasión que preparé para el 15 de Septiembre; pero coincidiendo la fecha con el aniversario de la Independencia, no pude realizar mi propósito porque estaban muy iluminadas las calles de Puebla en virtud de la festividad cívica que se celebraba, y la aplacé para el día 20.»

Es de advertirse que si el Conde de Thum «descargó especialmente sus iras» sobre el General Díaz, fue porque en la primera entrevista que aquél tuvo con el temible prisionero, le pidió una vez más que firmara la eterna protesta de no combatir contra la invasión; el General Díaz tornó á negarse cortesmente, pero con la firmeza en él característica. Después, pasados algunos meses, pretendió el Conde que, por lo menos, le ordenara al general republicano Juan Francisco Lucas, que no fusilara á los «aliados»—traidores mexicanos—que hiciese prisioneros. Contestó el General Díaz que en razón de su cautiverio, no tenía mando, ni el General Lucas es-

taba á sus órdenes. Mas como el Conde de Thum sabía que el ilustre jefe republicano era obedecido desde la prisión, lo mismo que libre, puesto que desde allí había firmado el despacho de General para Don Luis Pérez Figueroa, se enfureció con la negativa y prorrumpió en amenazas de vejaciones, que cumplió puntualmente. La contestación digna y serena del General Díaz, fue que las amenazas sólo sirven para intimidar á los pusilánimes, y que el señor Conde estaba en su derecho para extremar la vigilancia, como él su vez lo estaba para procurar evadirse.

He aquí un admirable rasgo de hidalguía, digna de los tiempos caballerescos. Teniendo la ciudad por cárcel y la libertad al alcance de la mano, con sólo montar el caballo que durante todo el tiempo le tuvieron preparado día y noche sus fieles, no se evadía por no comprometer al generoso teniente austriaco que se había confiado á su honor; mas tan pronto como un soldadón insolente crecido por la superioridad material de que por el momento gozaba, le oprime, le encierra y pretende humillarle y atemorizarle, el alma de acero del vencido reacciona y lleva á cabo una de las hazañas que relatadas en un capítulo de novela, parecerían inverosímiles.

Tratábase de salir sin ayuda humana, de un antiguo convento de muros altísimos, donde se le vigilaba como queda dicho y se contar con más elementos que una daga y una reata que, por temor de que se la quitasen, llevaba á toda hora consigo, arrollada en el cuerpo, sobre la ropa interior, á pesar de lo que le atormentaba. La reata le fué introducida al baño, oculta entre la ropa limpia. Esta empresa dejó sin duda muy por debajo y completamente opacada la del escalamiento de Santo Domingo, en que le ayudó su hermano Félix, quien por entonces se hallaba harto lejos, en tierra extranjera, trabajando á su vez por la patria.

Dejemos al héroe nuevamente la palabra, para que refiera cómo realizó su proeza:

«En la tarde del día veinte (Septiembre de 1865), había yo afeitado y envuelto en forma de esfera, tres reatas que me proponía emplear en mi evasión, dejando otra en reserva y una daga perfectamente aguzada y afilada.....»

«El Teniente Coronel Guillermo Palomino y el Mayor Juan de la Luz Enríquez, mis únicos confidentes entre mis compañeros en prisión, invitaron á jugar naipes á todos los prisioneros la noche en que me evadí, para evitar que anduviesen por los corredores.



Episodio de la batalla del 5 de Mayo de 1862. En el fondo se ve, marcado con una cruz, el fuerte de Loreto, donde en 1863 concibió y propuso el Gral. Díaz el plan para batir en detalle al Ejército francés que estaba preparándose á sitiar la ciudad de Puebla. De haberse tomado en cuenta ese plan, probablemente habría cambiado la faz de la campaña y no se habría disuelto el primer Ejército de Oriente.

«Después del toque de silencio me fuí á un salón destechado, convertido por esa circunstancia en azotehuela. Llevaba conmigo las tres reatas envueltas en un lienzo; las arrojé á la azotea, y con la otra reata que me quedaba, lacé una canal de piedra que me pareció muy fuerte, lo que hice con muchas dificultades porque no podía distinguir bien la citada canal, dado que no había más luz que la de las estrellas de una noche muy oscura. Me cercioré de la resistencia de aquel punto de apoyo, y luego subí por la cuerda á la azotea; quité en seguida la cuerda que me había servido para subir y recogí las dos que había tirado de antemano.

«Mi marcha por la azotea para la esquina de San Roque, punto escogido para mi descenso, era muy peligrosa, porque en la azotea del templo, que dominaba todo el convento, había un destacamento y centinelas que tenían por objeto vigilarnos desde las alturas. Toda la azotea está formada por boveditas que corresponden á cada una de las celdas. Deslizándome entre las medias esferas y arras-trándome pecho á tierra, fue como anduve buscando el punto para el descenso..... A menudo tenía que suspender mi marcha y explorar con el tacto el terreno, porque había sobre las azoteas muchos pedazos pequeños de víario, que hacían ruido al tocarlos..... Además, eran muy frecuentes los relámpagos, á cuya luz podía ser descubierto. Llegué, por fin, á tocar el muro del templo; y como allí no podía verme ya el centinela, sino inclinándose mucho, seguí de pie y fuí á asomarme á una gran ventana que daba á la guardia de prevención, con el objeto de ver si había alguna alarma. Corrí allí peligro: la ventana cedió, abriéndose á un ligero empuje, el piso era muy inclinado y resbaladizo por las frecuentes lluvias, y sin poderlo remediar resbalé, habiendo estado á punto de rodar al precipicio.

«Para llegar á la esquina de la calle de San Roque, por donde me había propuesto descender, era necesario pasar por una parte del convento, que servía de casa al capellán, quien tenía el antecedente de haber denunciado poco antes á los presos políticos que habían hecho una horadación que fué á dar á su casa, en virtud de cuya denuncia fueron fusilados al día siguiente.

«Bajé á la azotehuela de la casa del capellán, en momentos en que entraba un joven que vivía en ella y que, probablemente, venía del teatro, pues estaba alegre y tarareaba una pieza. Esperé á que se metiera en su cuarto; pero á poco salió con una vela encendida y

se acercó al lugar donde yo estaba; me escondí para que no me viera á su paso y esperé á que regresara. Cuando consideré que había tiempo para que se hubiera acostado y acaso dormido, ascendí á la azotea del convento, por el lado opuesto al que me había servido para bajar, y seguí mi camino á la anhelada esquina de San Roque, á la cual llegué al fin.

«Hay en ella una estatua de San Vicente Ferrer, que era la que yo me proponía usar como apoyo para fijar mi cuerda. El santo oscilaba al tocarlo, pero tenía probablemente una espiga de hierro que lo sostuviera. Para mayor seguridad no fijé la cuerda en él, sino en la piedra que le servía de pedestal y que me pareció bien fija.

«Pensé que si descendía yo de esa esquina para la calle directamente, podía ser visto por algún transeunte en el acto de descolgarme por la cuerda, y por ese motivo me propuse bajar previamente hacia un lote que estaba solamente cercado. No sabía yo que allí había un chiquero de marranos.

«Como al comenzar á descender giraba un poco la cuerda, el roce que sufría yo por la espalda, ocasionó que la daga que llevaba en el cinturón se saliera de la vaina, cayera sobre los cochinos é hiriera probablemente á alguno, porque hicieron mucho ruido y todavía más cuando me vieron descender entre ellos. Tuve que dejar pasar un rato para que se aquietaran. Subí luego á la cerca del lote que daba á la calle, y tuve que retroceder violentamente, porque en esos momentos pasaba un sereno haciendo su ronda y examinando las cerraduras de las puertas. Cuando se hubo retirado, después de un rato salté á la calle.»

* * *

¡Qué contraste entre lo intensamente dramático del episodio y la tranquila sencillez con que lo narra el protagonista, que en esa aventura jugó la vida de cien maneras! La explicación de tal contraste es evidente: para ese hombre extraordinario, el cumplimiento del deber, aun á costa de la vida, es cosa llana y trivial. Más todavía: por no darle importancia al suceso, en su relato omite detalles verdaderamente asombrosos: se olvidó, por ejemplo, de decir que ya libre en la calle, pero en peligro inminentísimo de ser descubierto, reaprehendido y fusilado en el acto, tuvo la sangre fría inverisímil de despertar á un sereno dormido en su puesto.

—«No te duermas»-- le dijo tocándole el hombro.

—«No, jefe,» contestó el guardián, poniéndose en pie.

Este rasgo de audacia no fue una baladronada inútil, sino que tuvo por objeto despistar al guardián en caso de alarma, pues no era creíble que el prófugo le hubiese hablado.

Y el peligro era tan serio, que al día siguiente, el Conde de Thum ofrecía mil pesos al que entregase muerto ó vivo al General Díaz. Por su parte, un señor Escamilla, entonces Jefe Político del Distrito poblano de Matamoros, ofreció otros mil pesos por la captura; primas ambas que felizmente ninguno pudo ganar. Lo curioso fue que este perseguidor del Gral. Díaz se tornó más tarde en espontáneo y entusiasta partidario y defensor del Plan de la Noria, con la fuerza de caballería que entonces mandaba.

Hizo más el Gral. Díaz: entre la peana del San Vicente de piedra y las cuerdas que le sirvieron para descender, dejó dos cartas de despedida: una dirigida al teniente Schizmandia; la otra al burlesco Conde de Thum y que merece ser conocida. Héla aquí:

«Muy Señor mío: El teniente Schizmandia, que tiene una idea justa de mi carácter, supo asegurarme dándome toda la franqueza que le fue posible, sin tomarse ni la libertad de exigir mi palabra de honor, que nunca habría comprometido. Con el Señor Schizmandia sólo tenía la obligación que tácitamente me impuse, de no comprometer su responsabilidad, generosa y oficiosamente empeñada á mi favor; nada contraje expresamente al aceptar esa gracia que tampoco solicité; y sin embargo, nunca he estado más afianzado en mi prisión que durante el goce de aquella; pero usted, que no conoce á los mexicanos sino por apasionados informes, que cree que entre ellos no hay sino hombres sin honor y sin corazón, y que para conservarlos no hay otros medios que la custodia y los muros, me ha puesto en absoluta libertad sustituyendo con estos ineficaces lazos, los muy pesados é indisolubles con que hábilmente el mencionado Schizmandia me había reducido á la más completa inacción.

«En Papantla y Veracruz tengo prisioneros del cuerpo que usted dignamente manda y á quienes se da el mejor trato posible. Si usted quiere que arreglemos un canje por otros de los míos que aun quedan presos, mande á Papantla un comisionado y yo le ofrezco que quedará contento del éxito.

PORFIRIO DIAZ.»

Estas dos cartas fueron halladas en Palacio por Don Matías Romero, entre los papeles que dejó Maximiliano; por cierto que la carta para el hidalgo Teniente austriaco, tenía una nota reveladora de que había sido reprendido á causa de su conducta con el General Díaz.

Este, que nunca ha olvidado los favores recibidos, cuando tuvo noticia de que su amigo Schizmandia se encontraba entre los prisioneros que había en Palacio, después de la toma de México, envió desde su cuartel general de Tacubaya un carruaje para que llevaran al oficial austriaco á su presencia; y entonces, después de saludarlo cariñosamente, le sentó á su mesa, le presentó con su familia y le colmó de atenciones. Más tarde, cuando iba á salir del país, el Gral. Díaz cuidó de que tuviera toda clase de comodidades y garantías para él y para los que le acompañaron.

¿Qué lección de hidalguía, de perseverancia y de patriotismo, puede darse más viva y profunda, que la que encierra esta conducta? Con justicia los soberanos europeos, que por tradición secular se consideran fuente de honor, cubren á porfía el pecho que tales sentimientos encierra, con las condecoraciones más ilustres y privilegiadas de que disponen.

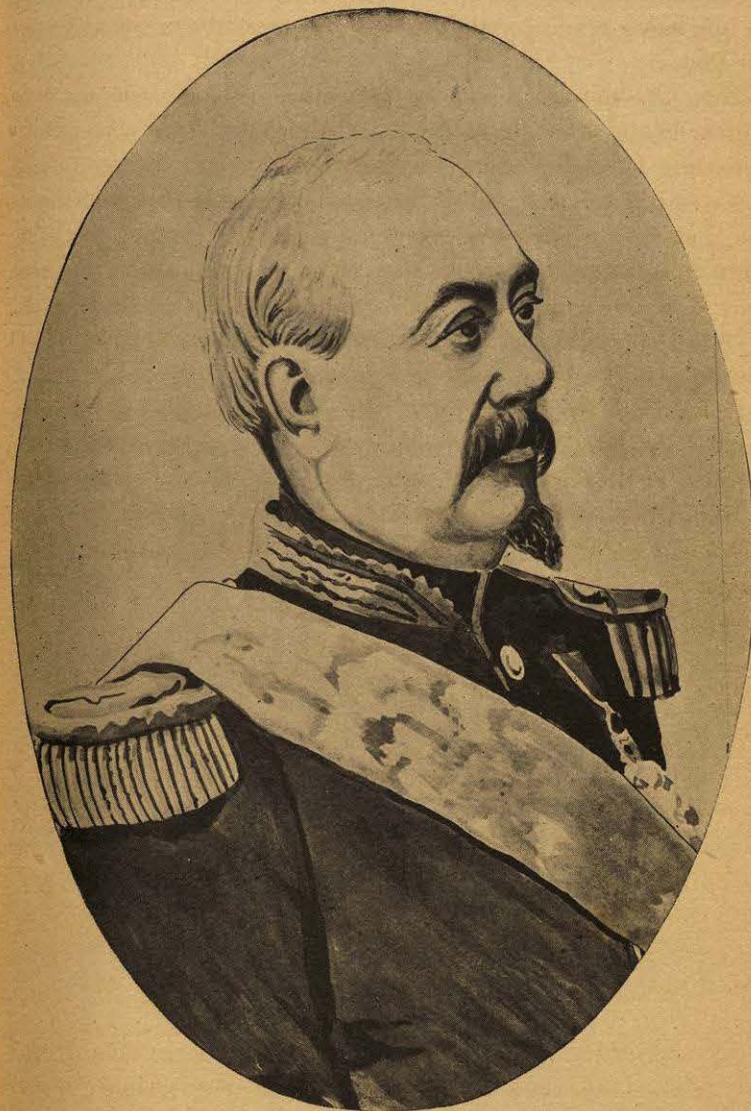
VIII

VALOR Y SERENIDAD

«UN HOMBRE SIN VALOR ES COMO UNA MUJER SIN PUDOR.»

Sobrada justicia tuvo Napoleón el Grande al formular esta hermosa y profunda máxima, porque nada hay tan despreciable é inútil como el hombre medroso y pusilánime, condenado por este gravísimo y vergonzoso defecto á sufrir perpetuamente en la vida, que es lucha continua y sin cuartel, fracasos, humillaciones y derrotas, definitivas y constantes.

Por desgracia, en México domina un concepto total y peligrosa-



Francisco Aquiles Bazaine, Mariscal de Francia, sucesor del Mariscal Forey en el mando del ejército francés intervencionista (1863-1867). Sitió personalmente en Oaxaca al Gral. Díaz. Al rendirse éste por falta de elementos, le felicitó Bazaine porque no seguiría "haciendo armas contra su Soberano," á lo que respondió el Gral. Díaz: YO NO HE TENIDO NI TENGO MAS SOBERANO QUE EL PUEBLO MEXICANO.